

## **Genealogía y Subjetivación Clave ética en una puesta estética**

***Norma Cristina Romano***

Universidad de Rosario  
Santa Fe - Argentina

Para articular cuestiones acerca del tema filiatorio, corazón del título de este trabajo, se tomará como referente un cuento de Gilbert Chesterton que es a su vez un apólogo: “El martillo de Dios”. Se trata de una historia fabulosa que de forma alegórica y placentera nos clava el aguijón de una verdad.

En este cuento, como en otros, Chesterton plasma en incisivas pinceladas narrativas, una articulación clarividente de la condición humana, tratada aquí a nivel de la peripecia filiatoria. En su arte literario, pone al enigma en la estructura lógica, armando con ello una trama crítica, que abre, muy lejos de los saberes y fórmulas académicos, una interrogación que atañe a campos como el psicoanálisis o el derecho, alcanzando a rozar la carne viva de nociones como responsabilidad, culpabilidad, sujeto.

El recurrir a este tipo de literatura, que bucea en las cuestiones subjetivas, entendemos, tiene la legitimidad de proponer el encuentro directo con una singularidad. Y por otra parte, al ser construida en un lenguaje que usa los recursos de la alegoría, de la alusión, del lenguaje indirecto, hace resonar con vigor la pluralidad de voces y destinos humanos. Se produce así un acercamiento a la articulación universal-particular imprescindible para el psicoanálisis, en cuanto a localización estructural de lo que hace al registro de experiencias cotidianas.

El llamado a la narrativa cuando cava en la tierra fértil de la subjetivación, permite ver claramente la estructura ficcional que está en la génesis de lo humano. Hay una metáfora dicha por Freud de la que es posible servirse en este tópico: el cristal cuando se rompe, lo hace, no arbitrariamente, sino, siguiendo ciertas nervaduras estructurales. Así, al abrir la trama de ciertas texturas literarias, se puede encontrar la estructura de los mitos que comandan lo humano.

*Hamlet* o *Macbeth* de Shakespeare, tanto como *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde o *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson, para tomar ejemplos resonantes, alojan en sí una conjunción entre estética y verdad que porta un germen mortífero para toda regla de cientificidad.

\*

- 1 - Entremos ahora en la trama del relato elegido.

En su manera visual, teatral, de producir el labrado de un enigma, Chesterton logra, bajo la forma escenificada de un suspenso de novela policial, la puesta en juego de la dimensión trágica, insensata, cruel, que puede tomar el devenir filiatorio, enredado en los nudos inevitables de la relación del sujeto con la alteridad.

Se trata de dos hermanos, Wilfrid y Norman Bohun, que se encuentran en el patio de una fragua bajo un cielo sin sol, y mantienen allí un diálogo electrizado por el odio. Estarán luego en ese mismo patio, muerto uno de ellos, estampado en el piso, con la cabeza destrozada (sin enterarse, por lo tanto, de que una mujer lo lloraba). El otro, vivo y erguido pero trémulo.

Que algo de lo filiatorio está en juego, comienza a anunciarse desde el comienzo de este cuento, cuando se advierte en el nombre del poblado donde se desarrollan los acontecimientos, Bohun Beacon, el apellido de los dos personajes que tensan el relato: Bohun. Esto sitúa ya algo de la genealogía de esos protagonistas como descendientes del fundador del lugar.

Respecto de la segunda parte de ese nombre inglés, resulta interesante destacar que la palabra **beacon** en ese idioma, forma parte de significados como baliza o faro, es decir, señales indicadoras (siempre que estén en función, claro).<sup>1</sup>

Chesterton destaca que se trata de una familia aristocrática cuya historia atraviesa varios siglos, así como deja algunos puntos sueltos en la trama genealógica. Una trama productora de diversas orfandades. Entre ellas encontramos las de estos dos últimos Bohun.

Dos hombres, dos hermanos, dos interruptores de la cadena genealógica (ninguno tuvo descendencia). Dos destinos opuestos por una fallida y mortífera ligadura que los aparta, al tiempo que los mantiene unidos, referenciados, espejados uno al otro, encontrándose sólo para odiarse y constituir en el rechazo, el lazo fraterno que los une.

Uno, sumido en los excesos nocturnos de una vida disipada, que recrean sin parar la turbulencia de un alma sin paz. Su vida es el instante, lo fugaz, lo actual. El alcohol acompaña el compás a la vez monocorde y alocado de su vida de desenfreno, y en su cara, la risa decanta en el surco de una mueca amarga<sup>2</sup>. Dice Legendre en sus estudios jurídicos y psicoanalíticos: “Cada vez que se pierde para un sujeto el cariz genealógico, la vida no vive”<sup>3</sup>. En este caso, esa vida nocturna cronificada por evadirse de “*la horrible lucidez del insomnio*”, supone una vida con muy precaria amarradura al Otro, en

tanto lugar de las insignias familiares; una vida que tambalea, casi por fuera de la ligadura genealógica, y por lo tanto, por fuera de una medida. Chesterton, tan sabio como Shakespeare a la hora de relacionar vestuario y pasiones, inscribe en una pincelada la índole trágica de estos personajes en el patetismo de sus ropajes, mezclados en la misma ironía de contrastes. Dice, entonces, después de describir la vestimenta grotesca y escandalosa de este hermano descarriado: “Estaba muy orgulloso de su elegancia incongruente, porque se jactaba de hacerla parecer congruente”. Carencia estética en donde se espeja su orfandad, presente en los ropajes surtidos por la manía.

El otro, el hermano menor, sacerdote, mantiene su yo incrustado en la puntiaguda imponencia de los altísimos mármoles góticos de la iglesia donde profesa. Desde esos altos, la fijeza de su mirada seria, tal vez anuncia ya la fuerza de una decisión. En su vestimenta se hace claro que la moralidad se impone sobre la estética, así como la soberbia se impone en él por sobre los lazos con los otros. La moralidad puntillosa, excesivamente austera de este hermano, así como su vida en extremo solitaria, denotan, también, un fondo de orfandad. Chesterton desliza, con su manera indirecta de lograr contundencia en su decir: “algunos dicen que... más que amor a Dios, era amor a la arquitectura gótica”. Ese hombre no puede imaginar tras aquellas construcciones, la emoción humana dando forma estética y diseño a esa materia inorgánica, tomado como está por el desierto de las formas puras, sean de la oración como de la arquitectura. Chesterton hace, además, referencia a una misma búsqueda enloquecedora de ambos hermanos por la belleza. Sólo que esta búsqueda arroja a uno a la vorágine maníaca de las mujeres y el vino, y al otro, a hacerse una sombra errante de la consistencia melancólica de aquella especie de mausoleo lujoso.

Dos hermanos, dos formas opuestas de una vida letárgica. Uno, puro devenir sin novedad, captado como está en la labilidad del día a día del libertinaje, degradando así, sólo a un título vacío, su inscripción en el mundo

como “coronel”. El otro, sumido en la densidad sacra, también monótona y ritual, de su vida devota. Ninguno puede alcanzar a hacer de los escenarios que intentan montar para sostenerse en la vida (militar uno, religioso el otro), la plataforma mínima para suturar el desarreglo estructural de la función paterna fallida. Ninguno parece tener, por otra parte, registro de carencia ética ni estética.

Los uno, tanto el accidente astral del pasaje de la noche al día (nocturno uno, diurno el otro), como un lazo apelmazado de reproches. Rechazo del lazo fraterno que lo torna, paradójicamente, actual, consistente.

Y un detalle: entre tanta disparidad, una fragua: esa especie de infierno donde lo duro y consistente se ablanda y se disuelve, se mezcla hasta perder las formas, para volver a adquirir otras, según tiempo y leyes determinadas. Ese, la fragua, es el escenario del hecho fatídico: el asesinato que está en el centro de la trama.

Por otra parte, estos hermanos, incapaces de una medida, cada uno a su modo, padecen también de la dificultad de ponerle párpados a una mirada frenética: sea la del insomnio ó la de la mirada altiva, grave y demoledora, que el autor se detiene a situar.

En su saber literario, anticipado al del científico, Chesterton deja caer, como al pasar, comentarios decisivos, tocando así, una fibra estructural, cuando le hace bajar la mirada en ocasión de algunos dichos al futuro asesino (el hermano menor, sacerdote), en el momento tenso del intercambio de palabras en el patio de la fragua, en ese frente a frente insoportable, en el que la mirada baja parece dar cuenta de la necesidad de velar lo que ve. Retroactivamente, inferimos que ahí es cuando empieza a jugarse la estrategia subjetiva del asesinato. Daría la impresión de que la mirada vacilara mientras el sujeto va siendo tomado por la responsabilidad que implica la decisión de

aquél. Cito el cuento en una locución del hermano menor: “-Norman- dijo el clérigo, siempre mirando al suelo-, ¿no has temido nunca que te mate un rayo?” Y ante la interrogación sardónica del mayor, el sacerdote arremete: -“Quiero decir -contestó Wilfrid sin alzar los ojos-, que si no has temido nunca que te castigue Dios en la mitad de una calle”. Justicia equitativa la de la “mitad de una calle”, tratándose de dos hermanos enfrentados...

- 2 – Lógica paradójica del lazo filiatorio. Posiciones subjetivas respecto del mismo<sup>4</sup>:

Se considerará ahora la estructura del lazo filiatorio, para volver a encontrar, desde allí, la estética chestertoniana.

Entraremos al tema desde el sueño de una paciente, cuyo relato es el siguiente: “Soñé que llegaba a casa con mi marido, desde el club. De pronto me doy cuenta de que nos habíamos olvidado en el club a Nicolás; (llamaremos así al hijo nacido hacía una semana). Me despierto angustiada”.

Entre las asociaciones la soñante refiere el “darse cuenta de que es madre” -el sueño refiere al primer hijo-, así como recuerda el caso de una conocida que olvidó al hijo, bebé también, en una farmacia. Ella, en cambio, lo olvida en el sueño, el cual, la capta en el descuido que atañe a una madre. Inscribe el olvido en la pantalla del sueño evitando así un pasaje al acto. Elige en esto, un acto de deseo: soñar.

Este sueño de olvido-pérdida del hijo es también un sueño de encuentro con su lugar de madre. Se anoticia allí de que es madre; el sueño la interpela en su desconocimiento, la confronta con el extrañamiento de ser madre, y ella responde nombrando al hijo. La pérdida llama a la filiación. No es una después

de la otra, ni son accidentales, sino que pérdida y filiación se relacionan intrínsecamente en tanto elementos de una lógica. No hay una sin la otra. En este sueño puede leerse inscripta la operación filiatoria en su paradoja intrínseca:

De pérdida: lo pierde como propio.

De adopción: lo afilia, lo aloja como hijo, como “otro”.

Por lo tanto, la filiación supone fundación de alteridad, en una operación hecha a la vez de ligadura y desligadura propia de la lógica del inconsciente, que Lacan formula en términos de alienación – separación, según la cual el sujeto emerge como consecuencia del cruce, del interjuego entre dichas operaciones.

Si la maternidad y la paternidad no están aseguradas, como es sabido, con la parición biológica de un nuevo ser, si el proceso de adopción de un hijo es necesario en la constitución de todo lazo filiatorio, es porque este lazo, no natural, se valida en la construcción cotidiana del mismo que, retroactivamente, abrocha los significantes del nombre y la tradición genealógica, que no son garantía filiatoria en sí mismos.

La operación de identificación, a la vez hecha de pérdida y afirmación, está en la base productora del lazo filiatorio. Y este concepto freudiano que está en los andamios de la constitución subjetiva, supone tanto la continuación y confirmación respecto de los emblemas y marcas genealógicos, como la fundación de algo nuevo en la estructuración témporo-espacial del sujeto. Pero aquí, como en todos los órdenes que se quieran considerar, lo nuevo no es posible sino sobre un fondo de discontinuidad con lo anterior, de indeterminación, de suspensión de todo saber -saber de ser padre, madre ó hijo, en este caso-. Un padre ó madre sólo lo es, no en lo que anticipó, sino en

lo que efectivamente transmitió en su descendencia. Es una función retroactiva.

Hay entonces una discontinuidad, una inconsistencia, no accidental, no contingente, sino necesaria y estructural a todo lazo filiatorio, que el sujeto muchas veces trata de desconocer, dando lugar a variadas posiciones subjetivas. Estas no son sino arreglos negociados con los primeros otros, estrategias de desconocimiento de la inconsistencia del lazo, maniobras que intentan borrar la alteridad que el lazo posibilita fundar, y que refuerzan privilegiadamente uno de los polos de la paradoja filiatoria. A saber:

a) Polo de la continuidad y fusión con los emblemas genealógicos: Se trata de posiciones subjetivas tendientes a organizarse preponderantemente en el vértice de la confirmación de los emblemas genealógicos de la tradición, de los antepasados, del Otro del lenguaje; posicionamientos dispuestos a hacer Uno con el Otro. Apuesta a una continuidad sin pérdida, del lazo filiatorio. Se pretende la consistencia del lazo en un intento de fusión con el Otro de los emblemas familiares. Si tenemos en cuenta las universales prohibiciones edípicas (“No matarás” – “No te acostarás con tu madre”), este polo supone el borramiento de la alteridad por la vía del incesto. Suprime el punto de pérdida que comporta la operación filiatoria.

Privilegiando este eje podemos ubicar a Wilfrid Bohun, el clérigo asesino del cuento que “intenta olvidar las groserías de su hermano en la fresca penumbra de aquellos altísimos claustros góticos”, luego de que “reconoció -en el sombrero que exhibe su hermano-...un ligero casco japonés o chino arrancado de un trofeo que adornaba los muros del salón familiar”. “Se le ha dado por el folklore”, según este fraterno par antitético. Wilfrid, luego de ser testigo del “horrible cuadro de la estupidez y la crueldad de la tierra...”<sup>5</sup>, se apresura ascéticamente a consagrarse a sus plegarias y a pensar “cada vez



menos en su perverso hermano, león hambriento en busca de presa”, y a entregarse cada vez más a los “halagadores y frescos tonos del cielo de zafiro y flores de plata de la vidriera”. Vemos cómo la escena de lo que para él es la devoradora crueldad del hermano, lo dispara a refugiarse y a dejarse tomar -hacer “uno”- con la escena religiosa. Y es también este personaje el que, en la descripción que el autor pone en boca del otro sacerdote católico –agente del arribo a su confrontación con la autoría del crimen-, “se fue enamorando de los sitios altos y solitarios para entregarse a sus oraciones, como, por ejemplo, los rincones y nichos de los campanarios y capiteles....Allí donde su mente se trastornaba, y se figuraba ser Dios”.

b) Polo de la discontinuidad: Aquí consideramos posiciones subjetivas organizadas preferentemente en el polo del corte con toda marca generacional, supuesto sujeto sin historia, su novela familiar se aplasta en la realidad de lo cotidiano. Sujeto autofundado, “Self-made-man” promocionado por el neo-liberalismo a ultranza. Apuesta al lado discontinuo del lazo filiatorio. Pretendido corte con lo Otro, esto es, con las marcas históricas que lo constituyen como sujeto.

Aquí se puede situar a Norman Bohun, el hermano mayor. Sin embargo, es el que exhibe los emblemas familiares, como sombrero y anillos, pero en una operación que se propondrá aquí como de condensación, más allá de su aspecto renegatorio, porque si bien los usa, en su enunciado los descarta, los degrada, no se los apropia: “Es el primer sombrero que encontré a mano –explicó Norman alegremente-...” No obstante con él dice –satíricamente- protegerse en tanto miembro de la familia Bohun. “Se le ha dado por la blasfemia”, según el otro. Anula la alteridad no contando con el Otro, degradándolo. Teniendo en cuenta las universales edípicas: “No matarás” y “No te acostarás con tu madre”, este personaje toma la vía del parricidio: matar al padre. Lo hace, en la descalificación de los emblemas paternos.

Ahora bien, así como pérdida y adopción se articulan intrínsecamente, también lo hacen incesto y parricidio. No hay incesto sin parricidio, en tanto son dos maneras de desconocer la prohibición. En el caso de los personajes en cuestión, es Norman Bohun el que más parece sostener la paradoja filiatoria en la maniobra de condensación referida. Se podría decir: llega a exhibir la paradoja, condensando en su desgarradora bizzarria ambos polos de la misma, en simultaneidad: porta los emblemas y los degrada. Teniendo en cuenta las operaciones básicas que estructuran el lenguaje, se propondrá que este personaje se organiza privilegiadamente en el eje de la metáfora, sin lograr inscribir la marca filiatoria.

El otro hermano, en cambio, parece privilegiar el polo metonímico. Se trata de una metonimia que avanza en el sentido de la sacralidad, sin poder inscribir la función del límite, y por ende, tampoco la marca filiatoria: “Se fue enamorando de los sitios altos y solitarios...”, hasta que ve ante sus ojos cuestionada la maniobra subjetiva de la continuidad en los modos exhibidos por su hermano. Y luego toma forma el recorte del cuadro que lo captura: “Aquel horrible cuadro de la estupidez y la crueldad de la tierra...”, cuadro del cual pretende desagregarse con el pasaje al acto que supone el asesinato. Allí invierte radicalmente el sentido que privilegió en la paradoja filiatoria, desplazándolo hacia el otro polo, en el cual consuma el incesto matando al padre: él fusionado con Dios ya no es hijo. En términos de Legendre, intenta “apropiarse de la referencia”, en tanto se ubica como autor de la ley. Quiere consumir la consistencia del lazo, asestando, sin embargo su golpe mortal, nada menos que en la cabeza que pretende protegerse con un emblema familiar, a los cuales destroza: “estrella negra” dibujada en el piso del patio de la fragua, así vista desde las alturas góticas.

Ahora bien, ¿cuál puede ser el paso que lleva al frío religioso de talante ejemplar a este accionar trágico?

Partamos del “león hambriento en busca de presa”. Parece convertirse para Wilfrid en un Otro devorador, del cual huye primero dejándose captar en la contemplación de la imagen del ángel. La presencia nítida de la “imagen del ángel<sup>6</sup>”, no llega a constituirse en suficiente velo en relación a aquél –león hambriento-, al cual sólo se le pondrá límite matándolo (luego de reducirlo desde los altos de la iglesia a un “insecto”). “Dios” parece constituirse para el clérigo en una supuesta alteridad consistente con la que se funde, ya que no hay posibilidad simbólica de limitar el goce devorador. Intento de “justicia genealógica” que incluye en su seno la posibilidad del propio sacrificio: tras el homicidio aparece rápidamente la posibilidad del suicidio: “...pasa la pierna por sobre el parapeto...”, incluido ya en la estrategia subjetiva. La dimensión auto-sacrificial está, así, incluida en el crimen mismo.

Por otra parte, pareciera que Chesterton agudiza su puntería literaria cuando se despacha, a partir del padre Brown, en la descripción de los altos góticos como una arquitectura de emociones, en la que la verticalidad es elemento decisivo. Una arquitectura de abismos, de “...agilidad vertiginosa y suicida...”, donde espacio y tiempo se inducen, en una perspectiva en la que se puede leer la cifra, la índole trágica del religioso. Como si en la composición de esa construcción medieval no estuvieran separadas las leyes naturales de las humanas<sup>7</sup> y se tratara de una prolongación de la fantasía del clérigo. Fantasía que se consume con la metáfora propuesta en el título “El martillo de Dios”, como un super-yo feroz intentando “justicia genealógica” en el “parricidio”<sup>8</sup> encubierto. En la ferocidad que el clérigo hace padecer a su hermano, el super-yo actúa desconectado de la fuente de enunciación.

Es el padre Brown el que detiene la continuación del pasaje al acto, que llevaba al silenciamiento del sujeto.

El pequeño cura católico es el que se encarga, desde su modo insignificante, velado de intervenir –con palabras o con silencio- de citar al sujeto, de convocarlo, de abrirle el camino de su responsabilidad, dejando la decisión de su lado: “El próximo paso tiene que darlo ud... Lo dejo en libertad de obrar...”.

Este pequeño sacerdote es el que permite, ubicado en función paterna, la posibilidad de la inscripción filiatoria para este sujeto. Le hace expresa la chance –*tyché*- de elegir ingresar al procedimiento judicial.

En lo que queda congelado para el taciturno cura, como imagen absoluta (“el horrible cuadro de la estupidez y la crueldad de la tierra”), que toca, seguramente la carne, el texto de su trauma (y en el trauma late la causa del sujeto), la intervención, entonces, del padre Brown opera posibilitando una tramitación significativa, la cual parecía definitivamente bloqueada por el pasaje al acto. Una tramitación que inevitablemente disolverá la consistencia maciza de aquel cuadro que nos hace imaginar en los ojos del cura destellos de cruda bestialidad. Así como también permitirá la producción de una escena que enmarque un acto subjetivo que sea al mismo tiempo, acto filiatorio:

El clérigo se presenta ante quien representaba la ley, y anuncia:

“Me entrego a la justicia: he matado a mi hermano”.

Función paterna, decíamos, que deja al sujeto librado a la decisión o no de su acto, en tanto filiatorio. Se transmite la posibilidad, no el acto, el cual corre por cuenta del sujeto. Citando a David Kreszes decimos: “La estructura del acto no prescinde del Otro sino que lo vuelve suplementario”<sup>9</sup>.

### -3- La clave ética

Tomamos en este punto el planteo de Oscar Wilde acerca de que todo sistema estético es ético y de que la regla del arte no es la de la moral<sup>10</sup>.

Desplegada una interpretación posible del cuento, proponemos una relación homológica entre dicha interpretación y la estructura de pausas puesta en juego en la sincronía, a nivel de la puntuación, ubicable en el texto.

El cuento se compone de algunas imágenes traslaticias con una pausa central. Y como en los tapices árabes, marcados por tradición con alguna falla personal del artista, según refiere Creses tomando un planteo de Legendre<sup>11</sup>, o como en el relato bíblico de Caín y Abel<sup>12</sup>, en Chesterton, y en particular en este cuento, hay una sustracción, un intervalo de silencio, que funciona como un llamado al lector para que siga escribiendo el texto.

Esa “media hora” en que el relato de los hechos se suspende abruptamente “esa mañana cargada de enigmas teológicos”, abre una pregunta en el lector, sugiere, incita... Es un intervalo vacío que se llena rápidamente, sea con horror, sea con placer (vicisitudes de cada sujeto), pero siempre causa, cuando hay lector. Es como si fuera la venia del artista, un punto de partida señalado para una interpretación posible, que en el sentido de Legendre, supone siempre, de manera más o menos lograda, una nueva creación. Es la posibilidad de un suplemento que continúe la vitalidad del juego escriturario. Esta sustracción operatoria, que está en el corazón de la función paterna, es la homología que se propone tanto en la morfología del relato en este cuento, en pos de una transmisión posible –a lo cual referíamos-, como en la entraña argumental de la interpretación dada, entraña encarnada en el padre Brown.



Esa sustracción operatoria, que es, según lo señalado, un llamado a la alteridad, y que permitió sobreimprimir distintos niveles de análisis, es el punto abierto en la trama del texto, el “ombbligo” que sostiene el descompletamiento del mismo. Es el artilugio del artista para permitir, en este nivel de trabajo preconciente, y recordando a Oscar Wilde<sup>13</sup>, que: “todas las interpretaciones sean ciertas y ninguna definitiva”.

© **Norma Cristina Romano**

## NOTAS

- 1- Beacon: 1 (n) (fire) almenara (fuego, candelabro); 2 (Light) baliza; 3 (lighthouse) faro. Diccionario de inglés del diario Clarín. .
- 2- Siniestra en el momento de algunas descripciones: “surcos negros”, “dientes de perro”, página 128 de “El martillo de Dios”, G. Chesterton.
- 3- Pierre Legendre: “La pregunta de las preguntas: la noción de filiación en la humanidad”. *El inestimable objeto de la transmisión* –Estudio sobre el principio genealógico en occidente-. Páginas: 91 a 108.
- 4- Tomaremos como referencia el desarrollo de David Kreszes en “El planteo filiatorio y sus paradojas”, páginas 13 a 28 de: *Superyó y filiación: Destinos de la transmisión*.
- 5- Percepción que parece equivalente a la “horrible evidencia” que en el caso de Iris Cabezudo, la uruguaya asesina de su padre, la arroja al pasaje al acto.  
*Extraviada* de Raquel Capurro y Diego Nin. Capítulo 10, páginas 208/209.
- 6- Angelos: (del griego) mensajero. Diccionario Espasa Calpe. Madrid 1986.
- 7- Kelsen, Hans: “El derecho y la naturaleza” en *Teoría pura del derecho*, páginas 21/22.
- 8- Seguimos en esto el planteo de Legendre retomado por Perla Sneh, según el cual todo asesinato comporta un parricidio. *Superyo y filiación: Destinos de la transmisión*, páginas 157 a 172.
- 9- Kreszes, David. *Superyo y filiación: Destinos de la transmisión*, página 28.
- 10-Kreszes, David. “Filiación y juridicidad de la lengua” en *Salud Mental, el Hospital público: Prácticas, políticas y culturas*. Bs. As. Ed. Polemos. 1998.

- 11-Wilde, Oscar: "El envío", página 234, *Ensayos y diálogos* Biblioteca de Borges.
- 12- "La historia de Caín y Abel", cap. IV Y V del Génesis, páginas 3, 4 y 5.
- 13- Wilde, Oscar: "El crítico artista", páginas 117, 118, *Ensayos y diálogos*. Biblioteca de Borges.

## BIBLIOGRAFIA

- Capurro, Raquel; Nin, Diego. *Extravia. Del parricidio al delirio*. Buenos Aires, Edelp, 1995.
- Chesterton, Gilbert K., *La cruz azul y otros cuentos*. Buenos Aires. Biblioteca Personal de J. L. Borges. Hyspamérica Ediciones Argentina S.A., 1985.
- Legendre, Pierre, *El inestimable objeto de la transmisión –Estudio sobre el principio genealógico en occidente-*. México D.F. S.XXI Ed., 1996.
- Kelsen, Hans "El derecho y la naturaleza" en *Teoría pura del derecho*, Capital Federal. Eudeba, 1999.
- Kreszez, David, "Filiación y juridicidad de la lengua", en *Salud Mental, el Hospital Público: Prácticas, políticas y culturas*. Buenos Aires, Ed. Polemos, 1998.
- Kreszez, David; Haimovich, Edgardo y otros. *Super yo y filiación. Destinos de la transmisión*. Rosario. Ed. Laborde, 2001.
- Santa Biblia. Antiguo y nuevo testamento*. Versión de Casiodoro de Reina (1569). Buenos Aires. Sociedades Bíblicas Unidas, 1955.
- Wilde, Oscar, *Ensayos y diálogos*, Biblioteca Personal de J.L. Borges, Hyspamérica Ed. Argentina, S.A., Buenos Aires, 1985.